

El espacio de América, el tiempo de 'las' Américas. Reflexiones sobre la pertinencia del objeto plural 'Américas'

Jean-Michel Blanquer*

RESUMEN: *Este texto rinde homenaje a Romain Gaignard en su doble condición de geógrafo del continente americano y uno de los pioneros del latinoamericanismo en Francia. En este marco, el autor explicita la legitimidad actual de los estudios sobre las Américas apoyándose en elementos históricos y geográficos sobre su unidad que no desconoce la subregionalización, las especificidades ni los particularismos. De allí la vigencia de hablar de Las Américas en plural pero igualmente de evocar las dinámicas recientes de convergencias en el contexto de la globalización. Las influencias mutuas entre la América del norte y la América latina alrededor de problemáticas como la migración son uno de los ejemplos más significativos de este cruce de sujetos de interés que no se pueden evocar desde una sola de las subregiones del continente.*

Para Francia y para Europa en general, reafirmar la vigencia de los estudios sobre Las Américas corresponde a un imperativo científico y también político en tanto que la América latina y la América del norte se constituyen en los dos otros dos pilares del mundo occidental. Este 'triángulo atlántico' como paradigma de unas relaciones internacionales equilibradas alrededor de los valores de la democracia, las libertades y la justicia.

Palabras-claves: *Investigación. Filosofía política. América Latina. Américas.*

Keywords : *Research. Political Philosophy. Latin America. The Americas.*

ABSTRACT: How relevant is it to speak of 'The Americas'?

This article is dedicated to Romain Gaignard, who was both a geographer of the American continent and one of the pioneers of Latin American Studies in France. In this context, the author shows that it is legitimate to study the Americas from the standpoint of historical and geographical elements that both stress its unity and recognise specific aspects of its regional components. Hence the validity of using the term The Americas, in the plural, while also acknowledging recent tendencies to converge in the context of globalization. The mutual influences between North America and Latin America on issues such as migration, are one of the most significant examples of this intersection of common interests that cannot be approached from one of the continent's regions alone. For France and for Europe in general, reaffirming the validity of studying The Americas is a cultural and political priority given that Latin America and North America constitute the other two pillars of the Western world. This 'Atlantic triangle' is posited as a paradigm for international relations based on the values of democracy, freedom and justice.

* Profesor de Derecho público. Rector de la Academia de Guyana.

Hablar de *Américas* no es tan evidente. La denominación parece hacer referencia a tiempos en que se hablaba de Américas como se hablaba de Indias, tiempos en que el nombre del continente no se había convertido aún en sinónimo de un solo país. Sin embargo, ni la geografía, ni incluso la historia, pudieron concebir que se impugnara la unidad de hecho del continente americano¹.

“De todos los datos del medio americano, las dimensiones de un espacio exigente fueron las primeras en imponerse.”² Haciendo el esfuerzo, prácticamente inédito, de realizar una historia completa desde la prehistoria del continente americano, Pierre Chaunu nos recuerda que se impuso, inclusive antes de los datos de la cultura y de la historia, un espacio con características particulares que condicionaron su modo de colonización y de desarrollo. América es, en primer lugar y sobre todo, el *continente vertical*, imponiéndose como una barrera en la ruta de las Indias y ofreciendo luego, tanto antes como después de la Conquista, todas las dificultades de comunicación de un espacio específico: la enormidad de las distancias, los cambios climáticos y las diferencias entre una zona septentrional, una zona tropical y una zona meridional. La geografía física condicionó la geografía del espíritu.

Simétricamente, este espacio no es hoy legible sin considerar los datos de la historia, la que obliga a una lectura al segundo grado de este inmenso territorio que se ofrece a la primera mirada. Lo que escribe Romain Gaignard en la materia, respecto a Argentina, sería válido para la mayoría de los países del continente: “Inmensidad y monotonía son los primeros términos que nos vienen al espíritu cuando los Europeos pretendemos definir la Pampa argentina”³.

Pero, detrás de esta apariencia, el autor nos invita a comprender el por qué y cómo la pequeña propiedad ha podido desarrollarse sobre un espacio que parece predestinado al *latifundio*. Para ello se debe hacer referencia a la historia de la colonización y de las migraciones en el siglo XIX, e inclusive examinar el arsenal jurídico que permitió un determinado tipo de distribución de las tierras. Así pues, el geógrafo americanista debe ser también, y más que cualquier otro, un historiador, de la misma manera que el historiador americanista debe hacerse geógrafo, como lo hemos visto.

La relación particular que existe entre el espacio y el tiempo americanos es el elemento fundamental de la unidad de este objeto, desde el punto de vista de todas las ciencias humanas y sociales: inmensidad del territorio y lo repentino de la colonización; difícil-

tad de la comunicación y superación de los obstáculos; heterogeneidad del asentamiento y desarrollo de un espíritu americano; alejamiento del mundo y cristalización de la mundialización... Queda por escribir una metafísica de la americanidad...

“América no es ni un sueño, ni una realidad, es una hiperrealidad. Es una hiperrealidad porque es una utopía que desde el principio se vivió como realizada”⁴.

Es posible que la unidad americana se deba, en primer lugar, a este hecho de ser un “imaginario concreto”, un carácter que modela la relación entre el espacio y el tiempo, que unifica las impresiones resentidas en el desierto de Atacama y en el de Colorado, en las grandes metrópolis del Norte y del Sur.

Los Indios fueron los primeros en experimentar esta comunidad de la relación con el espacio. Aislados de una civilización a otra, divididos en lenguas de una gran diversidad, han aportado -pese a todo y bajo la ley de las dificultades del medio- respuestas muy comparables a las cuestiones metafísicas y físicas que tenían planteadas. La antropología es pues la primera disciplina que nos impone un enfoque transversal⁵.

América está condicionada a continuación por la mirada europea, y será siempre, bajo este prisma, un enigma y una proyección. Para comenzar, es un enigma teológico, comienzo de un cuestionamiento sobre los orígenes. “Ya en su primer viaje, la lógica indicaba a Colón que debía haber llegado al Paraíso terrestre”⁶.

El descubrimiento de América no es sólo una revolución geográfica, revelando la redondez de la Tierra, sino una revolución filosófica, preparando el racionalismo moderno y lo que hoy se llama mundialización. El Nuevo Mundo parió un mundo nuevo. Es el sentido profundo que se debe dar a la expresión de americanización del mundo. América pasó a ser, en cinco siglos, el espejo del mundo. América roja, blanca, negra y amarilla. América rica y América pobre. “América, motor del mundo”, es, en términos post hegelianos, lo que nos tentaría escribir por estar en juego, en este continente, no sólo los conflictos de potencia sino también la experiencia del mestizaje universal.

Si a partir de ahora es imposible hablar de América al singular sin arriesgar la ambigüedad, y si nos es difícil hablar de Americanos, englobando a los Latinoamericanos y a los Canadienses, si que es posible hablar en cambio de “Américas” para describir, a la vez, la diversidad y la unidad de la realidad de este continente en función de procesos de mestizaje y de influencias recíprocas⁷.

Hablar de Américas no es postular una homogeneidad y, aún menos, una proximidad que no existen ni entre Canadá y Paraguay ni entre Noruega y Portugal o Túnez y Sudáfrica. Pero esto nos lleva a destacar la evidencia continental geográfica, que la monopolización del nombre del continente por un único país contribuyó a encubrir, y a buscar, más allá del imaginario externo (en particular, europeo), un imaginario interno que estructura el campo social y político. Por ejemplo, el tamaño del espacio americano condicionó un enfoque específicamente continental de las instituciones del federalismo. Y esto no es insignificante si, a nivel político, las separaciones políticas que siguieron a las independencias, desde el norte al sur, se organizan mucho más alrededor de una relación con el territorio (federalistas contra antifederalistas) que alrededor de la relación derecha-izquierda. Al comienzo de la historia de los Estados independientes de las Américas ha habido, necesariamente, una estructuración de los sistemas partidarios distinta de la que Europa conoció a partir de la Revolución francesa.

Las evoluciones más recientes acentúan las convergencias americanas. América Latina y América septentrional se complementan cada vez más. Las migraciones hispánicas en los Estados Unidos son la ilustración más relevante. El peso de esta minoría es cada vez más decisivo en el seno de la primera potencia mundial, tanto a nivel político como a nivel económico. Se trata de una población de alrededor de cuarenta millones de personas, de las cuales más de siete millones de electores que influyen en la evolución de la cultura americana: en la lengua,⁸ el arte⁹... así como la economía¹⁰ y por supuesto la política.

Principal minoría de la principal potencia del mundo, los Latinos de los Estados Unidos son el fermento de una evolución interior y exterior fundamental. De ahí su impacto sobre la naturaleza de los temas de campaña de la elección presidencial de 2000 y sobre la política internacional que siguió. El ser tomada en consideración determina algunas evoluciones internas de la política de los Estados Unidos, pero también de protagonistas externos (por ejemplo, el acercamiento entre España y los Estados Unidos). La influencia de los Estados Unidos sobre el continente no es pues unívoca. Se acompaña de una “latinización” de los Estados Unidos que las ciencias sociales deben tomar en cuenta. Este fenómeno justificaría por si solo un enfoque transamericano.

América Latina es plural. Desde hace tiempo, numerosos autores hacen hincapié en la necesidad de hablar de las Américas latinas. De

Tierra del Fuego al Río Bravo, las historias nacionales, los procesos de identidad y las realidades económicas son múltiples. El nivel de vida y las costumbres de un país como Uruguay son más próximos de los de un alejado Canadá que de los de la cercana Bolivia. La Constitución argentina es, desde 1853, más similar a la de los Estados Unidos que a la de Brasil o México. Una determinada des-territorialización, que actúa sobre el continente americano, es perceptible en el espacio urbano, en donde lo cercano puede ser lo muy alejado cuando se imponen barreras sociales¹¹.

Las clases medias se conectan más entre ellas, de un barrio protegido y equipado a otro, que de los sin clase que pueden vivir a algunos metros de estos barrios. Hay hoy una forma de americanidad residencial (cercana de la evolución de la "American Way of Life") que es una de las manifestaciones de la transamericanidad.

La latinidad es un concepto clave para abordar la América meridional. Un concepto que, sobre todo, permite descubrir una proximidad entre los herederos de una civilización del derecho escrito y de la religión católica, entre Europa y la América Latina. Pero que deja de lado una parte del mundo caribeño o también todo el mundo amerindio. De cierta manera, podría englobar Québec. La noción de América Latina forjada durante el Segundo Imperio, como resultado de un razonamiento estratégico caracterizado por una inquietud frente al creciente poderío de los Estados Unidos, es pues un punto de referencia para conectar países cuyas afinidades son numerosas; pero no debe ser un obstáculo para tomar conciencia de las diferencias en el interior de una área geográfica. La latinidad es el polo de referencia del sur por excelencia. Ella es más pertinente a medida que la americanidad se afirma y que la oposición cultural binaria, que se puede a veces describir en el continente americano, no es más que la proyección de una visión europea existente, al menos desde la Reforma. Consolidar esta visión contribuye a perpetuar una dependencia mental, pero olvidarla equivaldría a consolidar otra. Para América Latina, lo vital estriba pues en ser a la vez plenamente americana y plenamente latina.

Múltiples objetos de investigación exigen la adopción de un enfoque continental y no subregional: la evolución religiosa de las dos Américas; la integración económica y sus distintas modalidades; la política exterior de los Estados Unidos; la situación comparada de los amerindios; las nuevas identidades; la literatura y los fenómenos culturales, etc.

América es por excelencia el continente de la mundialización. Esta realidad es percibida generalmente a través de un prisma

único: el estudio de los Estados Unidos. Desde 1492, este continente se desarrolla como una proyección de Europa, pero también de los otros continentes: como un “concentrado” del mundo. Las evoluciones sociales se trazan como prefiguraciones o afirmaciones de fenómenos conocidos en otras partes. Es lo que le convierte en un continente de predilección para las ciencias sociales, en un “laboratorio”. Hablar de ‘las’ Américas es pues un medio de valorizar la contribución de América Latina en la historia americana en marcha y en la historia europea y mundial. No es sólo la literatura latinoamericana la que ha podido desempeñar un papel precursor mundial por las producciones de esta región, sino todo un análisis del hombre (post) moderno; particularmente a partir de las ciencias sociales.

Aquí interviene, bajo un ángulo que es al mismo tiempo científico y estratégico, otra de las cuestiones esenciales que plantea la definición del objeto ‘Américas’, obligándonos a considerar de nuevo la visión francesa y europea sobre esta realidad. Desde hace más de un siglo, nuestro enfoque de América es el producto de una mezcla de fascinación y desprecio. La fuente profunda de la fascinación por América Latina es el atractivo que ejercen sus riquezas naturales y su historia picaresca, y, en lo concerniente a los Estados Unidos, por el puro y simple ejercicio de su potencia. El desprecio se nutre, en el primer caso, de la conmiseración por la marginalidad, y, en el segundo caso, de la inquietud que suscita un dinamismo considerado superficial. Los desastres políticos de América Latina han sido, en algunas ocasiones, el resultado de la proyección de nuestros sueños. Los callejones sin salida políticos de los Estados Unidos podrían ser, en parte, el fruto de nuestras incomprensiones.

En la práctica política, eso se traduce por una gran consideración oficial hacia América Latina, acompañada de las mayores negligencias cuando se pasa a las cosas concretas. Cuando se trata de los Estados Unidos se produce exactamente lo opuesto. Tanto al nivel político como al nivel científico, el interés de Europa es de promover un enfoque equilibrado de los dos polos del continente americano. El concepto de ‘triángulo atlántico’ traduce actualmente eso en materia geoeconómica: en la medida en que consiste en promover la idea de intercambios equilibrados entre América del Norte, América del Sur y la Unión Europea. Pero este concepto es, en todos los ámbitos, un medio de promover América Latina colocándola en un plano de igualdad de condiciones. Un ejemplo muy claro de la proyección del concepto de triángulo atlántico, en la práctica de las relaciones internacionales, ha sido el desenlace de la crisis haitiana en 2004. A nivel internacional, la solución política fue condicionada fundamentalmente por la concertación entre Estados Unidos, Canadá y Francia (que han sabido superar los graves des-

acuerdos que tenían en el mismo momento sobre la cuestión iraquí). Se situaban pues, al principio, en un esquema que correspondía más bien a las relaciones transatlánticas clásicas entre países del norte. Sin embargo, la inclusión de América Latina fue casi inmediata, e incluso tomó un carácter preponderante cuando se trató de definir la naturaleza de la fuerza internacional compuesta para esa situación. Brasil pudo así ponerse a la cabeza del contingente internacional, siendo la crisis haitiana una oportunidad para afirmar de nuevo su papel de potencia regional en "entente" cordial con América del Norte y Europa.

Pero, en todos los ámbitos, este concepto es un medio de promover la América Latina colocándolo en igualdad de condiciones. Un ejemplo muy claro de la proyección del concepto de triángulo atlántico en la práctica de las relaciones internacionales fue el desenlace de la crisis haitiana en 2004. A nivel internacional, la solución política de sobra fue condicionada por la concertación entre los Estados Unidos, el Canadá y Francia (que pues supo superar los graves desacuerdos que tenían en el mismo momento sobre la cuestión iraquí). Se situaba pues al principio en un esquema que correspondía más bien a las relaciones transatlánticas clásicas, entre país del norte. La inclusión de la América Latina sin embargo fue casi inmediata e incluso tomó una vuelta preponderante en cuanto se trató de definir la naturaleza de la fuerza internacional compuesta para la ocasión. Brasil pudo así tomar la cabeza del contingente internacional, la crisis haitiana siendo una ocasión de afirmar su nuevo papel de potencia regional, en buena inteligencia con América del norte y Europa.

Se trata de reconocer que América Latina, América Septentrional y Europa son los tres pilares del mundo occidental, y que cada uno tiene interés en una relación equilibrada con los otros dos. Este enfoque es especialmente pertinente para América Latina. Es el que orienta la política de la mayoría de los dirigentes de esta región, que ven en la relación con Europa un medio; no para sustituir la relación con los Estados Unidos sino para darle un contrapeso. Es también útil para Europa y para América Septentrional. Permite desarrollar una concepción sutil y no maniquea de las relaciones internacionales, alejada de los análisis simétricamente extremos que hacen de los Estados Unidos el parangón o el espantajo de la modernidad. Para Francia, el hecho de preconizar tal visión estratégica en el seno de Europa correspondería a su política de promoción de un orden mundial multipolar¹². La virtud principal de este concepto de 'triángulo atlántico' es la de corresponder a la política concreta que intentan conducir los gobernantes latinoamericanos, de los cuales los primeros son los de Brasil. Es necesario unir América Latina y darle un margen de maniobra para equilibrar la relación con Estados Unidos a través de una relación lo más fuerte posible.¹³ Es en virtud

de esta lógica que la Unión Europea y México firmaron en poco tiempo un acuerdo comercial.

El concepto América Latina surgió de un enfoque geoestratégico y cultural, cuyos fundamentos no son obsoletos en la medida en que la frontera entre Estados Unidos y México sigue siendo una línea divisoria política y cultural muy importante. La noción de *area studies* se forjó, después de la Segunda Guerra Mundial, para permitir a las universidades tener un enfoque práctico de la realidad mundial. La renovación de estos dos enfoques -en la encrucijada de los cuales nos encontramos nosotros, latino-americanistas- se impone como consecuencia de las grandes evoluciones actuales de la mundialización, puesto que ésta pone en causa nuestras percepciones del espacio al mismo tiempo que refuerza la evidencia de la constitución de grandes bloques regionales.

Pensar ‘las’ Américas no es sólo un imperativo intelectual sino también un gran desafío político.

NOTAS

1. Esta contribución tiene por objetivo rendir un doble homenaje a Romain Gaignard como geógrafo, que ha trabajado sobre un objeto muy significativo de la dialéctica particular del tiempo-espacio que está en juego en el continente americano, y como latino-americanista, que ha contribuido, en un grado notable, a la estructuración del medio científico que benefició, a lo largo del siglo XX, de la contribución de personalidades de su talento, lo que permitió un nivel de unidad y de institucionalización desgraciadamente poco frecuente en Francia. Las reflexiones de este homenaje se basan en algunas ideas que he podido desarrollar en mi informe oficial sobre la creación de un “Instituto de las Américas” (Ministerio de Educación nacional, noviembre de 2001). Agradezco a Romain Gaignard y a todos los colegas que, por sus provechosas reflexiones, me permitieron avanzar en la reflexión sobre esta cuestión.
2. Pierre Chaunu, *L’Amérique et les Amériques*, Armand Colin, 1964, p. 11.
3. Ponencia presentada por Romain Gaignard en octubre de 1965 en el coloquio del CNRS sobre los problemas agrarios en América Latina. Traducido y publicado en español bajo el título “Origen y evolución de la pequeña propiedad campesina en la Pampa”, *Desarrollo económico*, Vol. 6, n°21, 1966.
4. J. Baudrillard, *Amérique*, Descartes et Cie, 2000, p. 91.
5. Es por esto que existe desde hace tiempo en antropología la Sociedad de los Americanistas.
6. Miguel Rojas Mix, *América imaginaria*, Editorial Lumen, 1992, p. 49

7. Cf. S. Gruzinski, *La pensée métisse*, Fayard, 1999.
8. Cf. Ilan Stavans, *Spanglish, The Making of a New American Language*, Harper Collins, 2003.
9. Cf. Annick Treguer, *Chicanos, murs peints des Etats-Unis*, Presses de la Sorbonne Nouvelle, 2001.
10. De La Garza, Rodolfo O., and Briant Lindsay Lowell. *Sending Money Home: Hispanic Remittances and Community Development*. Lanham, Md.: Rowman & Littlefield Publishers, 2002.
11. Cf. *Cahiers des Amériques latines*, n°35, 2000/3, dossier ‘Métropoles d’Amérique latine : de l’espace public aux espaces privés’, dirigido por M.-F. Prévôt-Schapira.
12. Hay que señalar que tanto el Quai d’Orsay (ministerio de los Asuntos Exteriores), con su dirección Américas, como el Ministerio de Educación nacional, con la oficina “Américas” de la DRIC (Dirección de las Relaciones Internacionales del ministerio francés de Educación), siguen desde hace tiempo el principio de un enfoque continental.
13. A nivel económico, la distinción que se impone no es tanto entre América Latina y América Anglosajona como entre Sudamérica y Norteamérica, por el hecho de la inclusión de México en la zona “Alena”. El enfoque transamericano es, desde esta perspectiva, también una necesidad para englobar las diversas distinciones.